

compañeros de Indra en los combates y participan de la veneración de que este goza, porque también son bienhechores del hombre, al cual envían la salud con las aguas salubres de sus montañas.

También son satélites de Indra los gemelos llamados Açvin, especie de Cástor y Pólux, genios benéficos cuyos milagros celebran los himnos, bien que su carácter y cualidades son muy vagos. Llámense Násatya y Dasra, y pasaban por ser hijos de la luz del día, de Vivasvant y Saranyu; su hermana mayor es la rubia Ushas, la Eos ó aurora de los griegos, y su esposa ó desposada es Súrjá, la hija del dios del sol, tan ambicionada, que sigue alegre á los hermanos Açvin, cuando adornados con corona de lotos, resplandecientes de juvenil belleza, diestros y robustos, emprenden su curso diurno viniendo de lejos en su carro de oro, de tres ruedas, tirado por cisnes ó corceles alados. Ellos ahuyentan la oscuridad de la noche, despiertan todo lo que vive á nueva energía, y permiten encontrar los remedios que necesitan los enfermos.

Las divinidades que representan la luz están en la mitología india unidas entre sí por un lazo de familia, según la sucesión de los fenómenos de los cuales son la personificación. Ushas, la aurora, es hermana de los gemelos Açvin y también de la noche. Ningun pueblo ha celebrado mejor la divinidad que representa la aurora que los poetas de los himnos védicos; para ellos es la hija del cielo, resplandeciente, encantadora, que aparece ataviada por su madre con riquísimo ropaje triunfante, en un carro rutilante de luz tirado por flamígeros corceles: una virgen, desposada del dios del sol, esposa y jóven que lleva en su seno á Savitar, que también es el dios del sol. Cuando ella aparece, derramando el rocío matinal, se levantan las aves de su nido, los hombres de su lecho y los enemigos se ocultan; otras veces es para los poetas la mujer jóven y laboriosa, la primera que abandona el lecho, que abre las puertas diáfanas del cielo, despierta todo lo que tiene vida é impulsa al hombre á sus quehaceres; al uno á los placeres, al otro á buscar medro y bienes, fama, poder, dominio; á cada uno á cuidar de sus negocios ó industria y á mirar por su manutención. Es la amiga del hombre y de los dioses; al primero enseña los tesoros que entraña la tierra, y á los segundos sirve inflamando á Agni, el dios del fuego, para que los mortales puedan ofrecerle sus sacrificios matutinos.

Esto bastará para demostrar la vaguedad de las divinidades aryo-indias y la libertad con que el pueblo, y en especial los poetas, prodigaban á cada una los atributos y poderío mas exuberantes sin limitación y sin pensar siquiera en individualizar á cada divinidad por medio de algun atributo exclusivo. Así saluda un poeta llamado Kutsa, en un magnífico himno, al dios del sol Súrjá que en otros himnos es la hija del dios del sol, y también es Mitra, cuando aparece detrás de Ushas, la aurora. En otro himno matutino se entrega el mismo poeta á una reflexión melancólica sobre la existencia efímera del hombre, hablando de las generaciones que ha alumbrado la aurora, de las que alumbra y alumbrará. En todo esto no aparece la menor huella de monoteísmo, si bien todas las divinidades, al través de toda su gloria, se presentan simplemente como fuerzas y fenómenos de la naturaleza, enlazados como estas, y como estas imposible de aislar é individualizar.

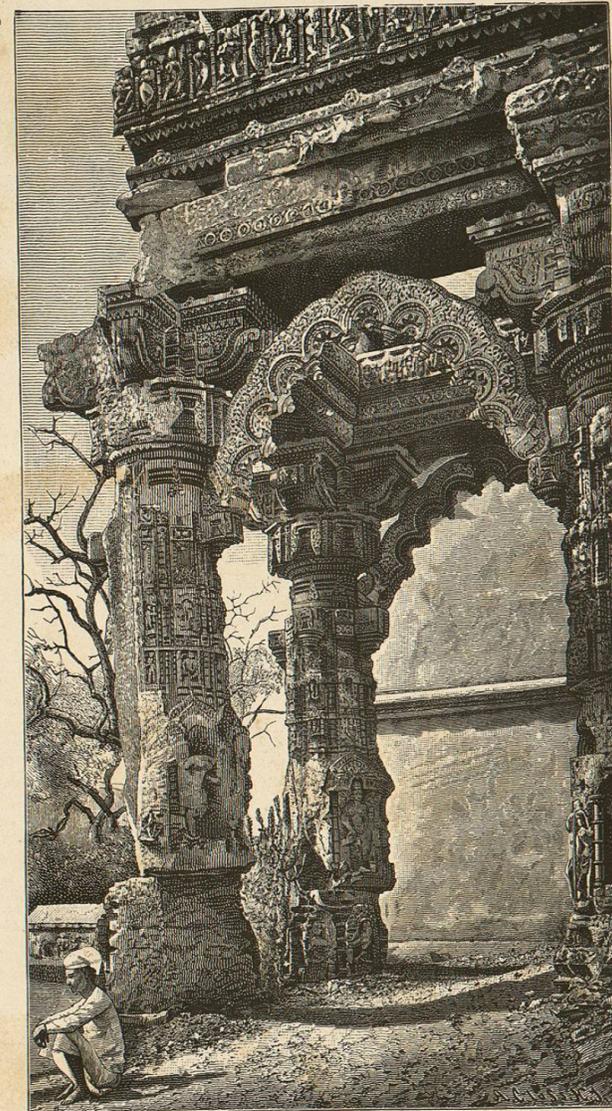
Súrjá, el dios del sol, aparece unas veces como desposado, otras como esposo y como hijo de la aurora ó Ushas; en otros himnos se le llama ojo de Mitra, de Varuna, de Agni y de Indra, y estos le señalan el curso que ha de seguir; de la esencia de Súrjá, nombre derivado de *svar* ó *súr* que significa sol y luz del sol, participan otras divinidades, que se

ensalzan ya como esencias aisladas, ya confundidas con él. Así Savitar es otro dios del sol, que el cantor sagrado describe como adornado de cabellera y brazos de oro, todo rutilante de luz, sentado en carro, también de oro, tirado por corceles del mismo color, menos los pies que son blancos. También el sol, bajo este nombre, despierta á todo el mundo á nueva vida y actividad, distribuye á los mortales toda clase de bienes, y da á los dioses la inmortalidad.

Otra forma del dios del sol se llama Pashan, que «nutre, aumenta, fomenta y hace prosperar; da ricas cosechas, multiplica los ganados y los hijos, aparta los peligros, ahuyenta los ladrones, apaga la tea del perverso incendiario, auxilia á los suyos en el combate y guía las almas de los difuntos «á las moradas de los buenos.» De este último atributo nada dicen sin embargo los himnos antiguos, y los posteriores lo dan también á Savitar. En general parece que el astro del día, cuyo culto es antiquísimo, era venerado bajo el triple aspecto de alumbrador brillante, de vivificador y de alimentador é impulsor; solo que los poetas, y probablemente el pueblo, confundían los nombres de Súrjá, Savitar y Pashan. Esto autoriza á pensar que en todos vivía todavía la idea, bien que vaga, de una esencia divina, única, porque también muchos himnos celebran á Agni como dios rutilante de luz, distribuidor de riquezas y égida del hombre; en otros se llama al sol ojo y cara de Mitra y aun de Varuna, si bien el reino de este último es mas bien la noche. La imagen del sol, una rueda de muchos rayos, á veces en compañía de figuras de caballo representando los que tiran del carro del sol, era en tiempo de los himnos mas antiguos de los Vedas un ornamento favorito para coronar las columnas sagradas llamadas *çakra* y otros monumentos religiosos, como símbolo del poder divino y quizás del de los soberanos de la tierra.

El historiador debe exponer las figuras mitológicas y divinidades á que rendían culto los pueblos cuya historia escribe, porque dan á conocer su índole, su sentimiento íntimo, su estado intelectual en los diversos períodos, los caracteres y genios que produjeron las familias principales, y su influjo en el desenvolvimiento de la inteligencia y de la civilización de tales pueblos. En la historia de la India antigua tenemos por guía principal los himnos y demás trabajos literarios reunidos en los Vedas; por ellos podemos formar una idea de sus autores y hasta cierto punto del pueblo al cual pertenecieron, haciéndonos cargo de que el idioma en que se expresaron, su mundo de ideas, sus conocimientos, el clima en que vivieron, eran muy diferentes de los nuestros. Examinando así la literatura india, veremos que los autores de estas obras no solamente eran poetas de riquísima fantasía y de elevación de espíritu, sino también pensadores, y que, aunque hijos de su época y de su pueblo, se elevan sobre el pueblo y sobre su época hasta una altura á que jamás han llegado en igual proporción los poetas mas notables de otro pueblo alguno.

Dicho esto, volvamos á las divinidades indias que encontramos en los himnos del tiempo mas antiguo y que se conservan en los Vedas. Algunas divinidades, como Varuna (Urano), Súrjá (el sol, Apolo, etc.), y Usha (la aurora), fueron importadas por los indios aryas desde su patria primitiva en el país al cual se trasladaron. Otras divinidades, personificaciones especiales de las primitivas y asociaciones de estas con otras aceptadas posteriormente, como Aryaman, Agni, Varuna, Mitra y Yama, de la cual hablaremos ahora, son particulares de los aryas persas é indios, si bien cada uno de estos dos pueblos las ha imaginado y por tanto modificado á su manera. Otras divinidades, finalmente, empezando por Indra, son, cuando no originarias de la India, á lo menos creación particular de los indios aryas y de consiguiente



Ruinas del Maela-Rudra en Sidhpur, Guzerate

adaptadas á su índole especial, á las condiciones del país y del mundo que las rodeaba, y á los sucesos que influyeron en su historia, todo combinado con las ideas y circunstancias que llevaron de su patria primitiva.

Entre los seres sobrenaturales temidos, venerados é implorados por los indios aryaes en la antigüedad, de que nos han conservado los Vedas monumentos literarios y que cedieron con el tiempo su puesto á una nueva serie de divinidades ó se transformaron en estas, citaremos aquí al genio del trueno, el fecundizador Paryanya, el Percons de los celtas y el Percunas de los lituanos. Anunciaba su llegada desde lejos con estampidos de trueno y con relámpagos; abría las cataratas del cielo y revivificaba á los hombres, los animales y las plantas. Llámale un himno «el leon Paryanya,» que fué vencido y luego oscurecido por Indra y Rudra.

El nombre Rudra se deriva, segun toda probabilidad, de la raíz *ru* ó *rud*, rugir, porque Rudra es el dios de la tempestad y por tanto tambien del trueno; es, segun un himno, formidable, semejante á la nube que despidе fuego, terrorífico pero bello, activo como nadie, de color rojo oscuro con el rayo al brazo; su figura es muy variada y su cuerpo atlético está adornado de oro reluciente. Quizá sea este dios un retrato exagerado de los *dasas*, los habitantes autóctonos de la India. Muchísimos fueron los hijos, llamados los Marut, que tuvo con Rudasí y que figuraban en la hueste de Indra. Lo singular es que las contadas invocaciones que se encuentran en los himnos, llaman á Rudra el mejor de los médicos, y le celebran á él y á sus hijos por los remedios medicinales que facilita al hombre para aliviarle en sus enfermedades y devolverle la salud y el vigor. Es posible que este Rudra medicinal y benefactor, se confundiera, en época posterior á los Vedas, con el dios Siva del cual hablaremos á su tiempo.

Aquí citaremos solo de paso, hasta que venga su turno á otro dios de época posterior, como ejemplo de modificación religiosa, á Vishnu, dios del sol tambien, y Púshan, compañero de luchas de Indra. Los pocos himnos dirigidos á Vishnu, que fueron incluidos en los Vedas antes de cerrar esta coleccion, tienen carácter místico y llevan el sello de una época muy distante ya de los himnos mas antiguos. En estos himnos figura Vishnu todavía como una divinidad no inferior en poder, porque el poeta le atribuye tambien omnipotencia, pero de poca importancia.

Esta independencia mútua de las divinidades de los indios aryaes, es uno de sus caracteres mas especiales. Para el antiguo poeta y devoto, tan grande y tan poderosa era una divinidad como otra; y respecto de su multiplicidad es permitido suponer con Max Müller, que aquellos poetas, como otros individuos, familias y grupos de familias, tenían sus divinidades especiales, y que les daban nombres especiales segun el concepto bajo el cual los veneraban mas, quedando así abierto un campo ilimitado á modificarlas, multiplicarlas como las que representan el sol, crear gradualmente divinidades nuevas, dejar caer en desuso otras, dar nueva y mayor importancia á las que antes habían desempeñado un papel insignificante, y elevar simples cualidades, á medida que se apreciaban mas, á divinidades nuevas é independientes de las que antes adoraban. De esta suerte divinidades á primera vista relativamente modernas existían ya como atributo de otras en remota antigüedad, como, por ejemplo, Daxa, el inteligente, el apto y enérgico, y Soma, que representa la virtud vigorizadora y excitante de la bebida fermentada del mismo nombre, y otras.

Solo cuando el hombre ha dado un nombre á los objetos y fenómenos que le rodean y que afectan sus sentidos, se establece una relacion entre él y estos fenómenos, ó mejor dicho, el hombre ha dado nombre á todo objeto y á todo

fenómeno que de una manera ú otra excitaba su atencion; pero una vez dado el nombre, este influía junto con el objeto ó fenómeno en la imaginacion infantil del hombre en los primeros períodos de la sociedad. El genio del idioma y la existencia de nombres para ideas abstractas, como virtudes, vicios, aptitudes, condujeron al hombre á darles en su imaginacion alguna forma corpórea ó semi-corpórea, cuando no enteramente personal, y á divinizar tales ideas mas ó menos, atribuyéndoles además un sexo, segun el género que el nombre con que las designaba tenía en el idioma. A esto se agregaron con el tiempo el sentimiento poético, y en los indios aryaes la índole mediatunda y la fantasía mas desenfrenada; produciendo todo junto las innumerables creaciones de seres sobrenaturales que empezaron por ser simples personificaciones, como Daxa, de la voluntad enérgica; Amça, de la participacion; y otros, hoy indefinibles, como los coreeles alados y los flamígeros, pero que el instinto del pueblo comprendía cuando se inventaron, aunque su multitud llenaba todo el ámbito de la tierra, de la atmósfera y del cielo, es decir, las tres partes en que la imaginacion de los indios aryaes dividió el universo en época remota, como se desprende de los himnos mas antiguos.

Lo que hemos dicho de la influencia de los nombres y del genio del idioma en la mitología de un pueblo, se aplica tambien á las voces numerales con las cuales se entretenía la imaginacion de los aryaes indios. En los himnos de los Vedas juega, además del número 3, mucho el tres veces 11: «Vosotros», dice un himno, «los 33, que venera Manu, vosotros, los destructores de enemigos, seréis tambien glorificados por nosotros;» y otro himno: «Vosotros los Aqvinos, bebed la soma en union de todos los dioses, los tres veces 11, con los de las aguas, con los Marut y Brighu, con Ushas y Súrya.» Otro himno invita á Agni á llevar á los 33 dioses con sus mujeres á participar de la soma ofrecida en el sacrificio. Estas divinidades reinan en la atmósfera, en el cielo y son divinidades de luz; otras tienen su campo de accion en la tierra y en las aguas; aquellas tenían á su cabeza á Varuna, ó Mitra y Varuna, y estas á Indra. No detallan ni fijan los libros Vedas la especialidad ni la agrupacion de estas divinidades, ni dan razon alguna por qué son en número de 33. En un himno antiguo se habla de 99 dioses, ó sea de tres veces 33.

Todo esto confirma lo que ya hemos dicho, á saber: que en la mitología de los indios aryaes no había ni sistema, ni genealogías, ni fijeza de atribuciones; todas las divinidades se invocaban aisladamente ó en union con otras, sin que hoy día veamos una razon para ello, bien que para el aryo indio de aquella época acaso tuviera alguna. Solo la asociacion de Agni á otra ó á varias divinidades podemos explicarnos, por ser el fuego, que Agni representa, la base y el principio de todos los sacrificios. Los autores de los himnos hablan de dioses padres, como Dyaus y Prithivi; de hijos, hijas y madres de dioses; pero estos son calificativos meramente poéticos, como se ve por Aditi, á quien invocan como madre de los Adityas existentes antes de ella; por Ushas, que tan pronto es madre como esposa del dios Sol, y por Agni é Indra, como hermanos y otras veces como dioses sin parentesco alguno. Lo mismo puede decirse de la edad, de la vejez ó juventud, de la magnitud ó pequeñez de todas aquellas divinidades innumerables, de las cuales dice un himno dirigido á todas juntas: «Entre vosotros, dioses, no hay ninguno pequeño, ni ninguno niño; todos sois grandes por igual.»

Muchos himnos son probablemente compuestos de fragmentos de otros himnos é invocaciones de origen mas antiguo; otros son imitaciones de los antiguos, pero obra de época relativamente mas moderna; pero en aquellos y en es-